

“El público admiró en el Sr. Mussati una voz dulcísima, una gran maestría, y una ejecución brillante; en el Sr. Finaglia el desempeño de un excelente bufo, y en la Sra. Baduera la perfecta ejecución del papel que le tocó, aunque de una naturaleza secundaria.

“Añadiendo á esto la propiedad y hermosura de los trajes y decoraciones, la orquesta numerosa y compuesta de excelentes profesores y la clase de concurrentes que llenaba el teatro, puede decirse sin exageración que desde la fundación del Coliseo de México, no se había visto el público tan perfectamente servido, ni había gozado de un espectáculo tan brillantemente ejecutado y que le llenase de más satisfacción.

“Esto puede decirse con más razón comprendiendo los demás ramos que abraza el Teatro, como el de verso, que merece el aprecio general, y el de baile, que se ha hecho más interesante desde que se presentaron los niños discípulos del Sr. Pautret á dar muestras de sus bellos adelantos.

“La Capital, pues, goza de esta clase de diversión bajo un pie de perfección y hermosura, que así es digno de su grandeza y dignidad como de su buen gusto y civilización. Si ésta se mide por la naturaleza y carácter de los espectáculos, puede decirse que poco ó nada tiene México que ceder á los demás países donde se habla la lengua castellana.

“La Administración actual tiene la satisfacción de haber atendido con fruto, no sólo á lo necesario y útil, sino también á lo agradable. Ha logrado ver tranquila y pacífica la República, restablecido el orden y desterrada la anarquía, y tiene también el placer de haber proporcionado á la Capital un espectáculo de que carecía y estaba demandando la ilustración de sus habitantes.”

No cabe duda en que el “Registro Oficial del Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos,” llenaba bien su deber de encontrarlo todo bueno por obra y gracia de la autoridad á la cual servía.

CAPITULO X

1831.—1832.

El éxito alcanzado por la Compañía de Filippo Galli, no perjudicó á los demás espectáculos de ese tiempo, de relativo bienestar en cuanto á elementos de vida, en la Capital. El físico Mr. Perinor seguía encantando á su público del teatrillo de Zuleta, con programas como éste: “*Agua helada en el vacío; Un preso por la sola presión del aire; El gato bajo el recipiente; La lámpara maravillosa; El tubo de cristal armonioso; Los truenos, relámpagos y formación de agua en la atmósfera; Pistoleta de bolsa y de gas*, que se carga con aire fulminante, arroja balas de plomo y se dispara con una chispa eléctrica; *Combustión del acero y del fósforo en el gas oxígeno*, produciendo una luz tan clara como la del sol, terminándose con el *panorama de autómatas*.” En el teatro de los Gallos, en la calle de las Moras, hizo una buena temporada el circo ecuestre de Carlos G. Green, “artista de Nueva York y Filadelfia, maestro en la educación de asombrosos caballos, volteos, juegos de equilibrio y otras cosas tan admirables como divertidas.”

Como según vimos en los prospectos de la Empresa del Principal, la ópera sólo dos funciones daba por semana, las demás noches las cubría el cuadro dramático. El mérito y talentos de Bernardo Avelilla eran aplaudidos por unos y negados por otros, conviniendo todos en que como trágico valía poco ó nada, y como barba y actor de carácter era una notabilidad.

La Molina y la Dubreville adquirían en cambio, con cada representación, nuevos triunfos y nuevos amigos: el desempeño de sus papeles en el *Orestes* les valió hasta el ser cantadas en verso. El poeta se duele del infortunio que cupo á *Clitemnestra*, papel desempeñado por la Molina, al ser muerta por el puñal de *Orestes*, y pregunta:

“...¿Dónde los ojos la verán?... Mil veces, mil veces, sí, que la Molina de ella todo el carácter toma, y nos conduce á Argos, al siglo que pasó dejando de catástrofe tal perenne acuerdo.
¡Salve, célebre actriz! ¡Salve! Las Musas rodean tu frente celestial y pura.

“Y tú, sensible Dubreville, divina enemiga del hijo imperdonable de Thyeste; ven, del pueblo numeroso toda la muda admiración recibe. Animada y feliz en tus pinturas, eres, y grande y rápida tendiendo sobre tu trono de terror el manto. ¿Quién como tú de Electra ha trasmitido el dolor y el carácter en la escena? ¡Actriz sublime y mágica! ¡cuál vibras el trágico puñal con mano alzada! Enérgica en tus versos y terrible tiñes las aguas de Hipocrene en sangre. Allá desde do moras te saluden los autores de Edipo y Catilina, y extiéndase tu fama, cual se extiende la luz del sol por el desierto cielo.”

Pero nada da mejor idea del teatro de entonces y de sus críticos, que una especie de Revista que con el título de *Lo que sobra y lo que falta en el teatro*, poseo, y dice:

“Sobran quinqués; falta aceite para iluminarlos; de aquí resulta que sobran lentes y falta que ver. — Sobran actores y falta un trágico por mala voluntad del Empresario. — Sobran modales al Sr. AVECILLA en el género cómico; le faltan demasiado en el trágico, y muy principalmente tino para dirigir; así es que sobran comedias viejas y faltan piezas conformes al gusto del día; también sobran años y ronquera á este individuo para hacer de joven galán y calavera, y le falta compostura. — Sobra talla, *embompoint* y edad á la Sra. Molina para que aun resuenen en sus labios amores, requiebros y desdenes; faltan voces para explicar el mucho mérito de esta actriz que tanto ha hecho ganar al teatro de México, con su despejo, dominio teatral, naturalidad de sus movimientos, fuerza de su expresión, ya como trágica, ya como matrona. — Sobra aplicación al Sr. Salgado, deseo de complacer y fuerza para pronunciar la *R*; le falta que abandone la manía de imitar al insigne Prieto, porque no pudiendo esto conseguirse cae en ridículo. — Al Sr. Bustamante le sobran lágrimas para pelear cuando tiene que entrar en campaña y le falta valor; le sobra movimiento en la cadera, y le falta en el brazo contrario al que pone en acción. — A la Sra. Dubreville y al Sr. González les sobra propiedad, buen desempeño, y exactitud en el cumplimiento de su deber: les falta oponerse á trabajar en funciones malas. — Nada sobra ni falta al Sr. Valleteo, ni al Sr. Martínez y su esposa. — Al Sr. Fernández sobra tiempo

para imponerse de sus papeles, pero le falta un poco de dedicación al estudio, y como, según malas lenguas, no le falta inclinación á los placeres de la mesa, siempre le sobra *camote que tragar*. — Cuando representa el Sr. López le sobran *zetas* y le faltan pausas. — A las que bailan *las calabacitas, la chispa, etc.*, sobra decoro para faltar con estos soeces soncillos á un público decente é ilustrado. — Sobran puros, cigarros, pipas y todo cuanto contribuye á formar una atmósfera de humo densa y pesadísima: sobran platícones y faltan atentos.”

Pero quizás para nadie había tan grande admiración como para Andrés Pautret, y todo por su almácigo de liliputienses bailarines: “no sólo nos promete, decía *El Sol*, las más lisonjeras esperanzas respecto de nuestros jóvenes y nos da á conocer *de cuánto son capaces los talentos mexicanos*, sino que nos presentan á Pautret como á un hombre que tanto se interesa *por los adelantos de nuestra patria*, y que siendo digno de la protección del Supremo Gobierno, se hace también acreedor *al amor y reconocimiento de todos los mexicanos*.”

Con motivo del estreno del baile *El nido de amor, ó el pimpollo y la rosa*, los niños ejecutantes fueron obsequiados con una comida en el Café *Veroli*, inmediato al teatro, en el mismo local que después se llamó del *Progreso*, y en ese banquete se improvisaron varios brindis en honor de Pautret y de sus alumnos.

El Sol publicó esos brindis, de los cuales tomo las siguientes líneas:

“Fuerza es que tribute este momento el elogio tan justo y merecido, pues por ti la belleza y el talento de los niños aztecas ha lucido.

“¡Oh, juventud peregrina!
vuestro baile me ha encantado,
y mi pecho alborozado
á celebraros no atina.

“Una escena tan divina,
una tan grande belleza,
vuestra sinigual destreza
y cuanto por mí pasó,
nadie podrá creerlo, no,
sin presenciar su certeza.

“Tú, de gozo alborozado,
has brindado en este día,
y en efecto tu poesía
logró su objeto deseado.

“Yo te sigo entusiasmado
y brindo por el amor

que me inspira el noble honor de unos padres tan queridos, y estos niños, dirigidos por tan sabio director.”

El Registro Oficial, periódico del Gobierno, dedicaba á su vez frecuentes editoriales á ponderar los méritos de éste, por su acierto en ilustrar á sus gobernados. “Nuestro Teatro va poniéndose cada día más brillante, decía, y vemos desvanecidas ciertas suposiciones que algunos vertían como argumentos indisputables: una de ellas, que siendo nuestros conciudadanos sólo amigos de la novedad, no gustarían las óperas más de la primera vez que se representasen. Los hechos han probado lo contrario, y los mexicanos han dado pruebas en el particular, de que son susceptibles de tanto gusto como en cualquier otro país civilizado de Europa puede tenerse. La ópera de *Torbaldó y Dorlisca* nunca ha gustado tanto como en la cuarta vez que se ha representado; los concurrentes han encontrado en dicha representación nuevas bellezas en la música, que en las otras no habían advertido.” Paréceme ésta una maravillosa observación muy en su lugar en las columnas del periódico oficial de un Gobierno.

En otras ocasiones, sus redactores desmentían, enérgica y competentemente autorizados, las voces propaladas por la oposición, de que la Compañía de ópera andaba desunida. “Todo falso: si la *Cenicienta* no se había cantado aún, eran porque faltaban diez y seis bastidores y nueve bambalinas que pintar. Falso era también que á la Badueira se le hubiese suprimido una aria en esa ópera, para impedirle lucirse; lo cierto era que ella misma la había cambiado por otra más en armonía con sus cuerdas vocales. Carecía á su vez de fundamento la especie de que Cayetano Páris retardaba la salida de la primera contralto Sra. Massini de Sirletti, para no opacar á la Sra. Pellegrini, pues ni la Massini, ni el tenor Sirletti, estaban comprendidos en el presupuesto que se le dió, y él los trajo voluntariamente; prueba manifiesta de su buena fe, porque si hubiera querido no deslucir á la Pellegrini, le hubiese bastado con no traer á otra primera, sujetándose de este modo exactamente á las instrucciones que se le dieron para no traer más que cuadro bufo. Entre una y otra cantante había tan buen acuerdo, que cuando á la Massini se la invitó á que ella misma designase la ópera con que quisiera estrenarse, y ella eligió *Tebaldo é Isolina*, la Pellegrini, á pesar de no tener en dicha obra un papel muy brillante ni el más á propósito para su voz, condescendió con gusto en su desempeño, en obsequio y lucimiento de su compañera.”

En efecto, y por lo que á esto último respecta, en la noche del 27 de Octubre se cantó la ópera en cuestión, *Tebaldo é Isolina*, de Morlachi, con un éxito colosal. “Es menester confesar, dice el redactor

del *Registro*, que la armonía de esta ópera es deleitosa y que hay pedazos verdaderamente sublimes; tales son el hermosísimo dúo del Sr. Sirletti y de la Sra. Massini, en la escena sétima del primer acto, que comienza *Questo acciario, che del sangue*, y sobre todo la cuarteta,

*Vidi un raggio di contento
¡Come rapido spari!
Le mie pene ¡Oh Dio! lo sento
Frinirano co' miei di,*

que fué ejecutada con un gusto, con una modulación, que arrebataron al auditorio. Pero no hay elogio suficiente para el admirable, el encantador dúo de las Sras. Massini y Pellegrini, que comienza *¡Ah! l'intendo; a mè non lice*, cuyo final mereció reiterados aplausos, y se le hubiera dado el honor de la repetición, según el público pedía, si no fuese un pedazo tan largo y de una ejecución muy fatigosa para estas dos excelentes cantarinas.

“Si este dúo pareció admirable, no lo fué menos la tiernísima escena que comienza con el sublime recitado *Noite tremenda ¡orribil notte! oh! fossi*, el cual con el aria que lo termina *Caro suono lusinghier*, con acompañamiento de arpa, cantó la Sra. Massini, de una manera, que desde la primera noche que se la ha visto en la escena, le ha dado un lugar muy distinguido en ella. El público quedó muy contento también del Sr. Sirletti, y toda la pieza, así como todos los actores, merecieron repetidos aplausos. El aparato en decoraciones, trajes, etc., fué ciertamente magnífico, haciéndose cada vez más honor en las primeras nuestro hábil artista el Sr. Tamayo.”

Así escribíase en ese tiempo el periódico oficial del Gobierno, y aunque su tamaño no llegaba al de un pliego de papel florete, el redactor ocupaba con su crónica una columna, de la sección editorial nada menos.

No por esto, sin embargo, debe entenderse que el país se hallase en un lecho de rosas bajo aquella administración; la guerra civil persistía indomitable, y la inseguridad y los atentados contra las personas habían tomado escandaloso incremento, sin que las autoridades judiciales se preocupasen en mejorar aquel tristísimo estado de cosas. Según mi costumbre, ó por mejor decir, mi procedimiento de evitarme polémicas, apoyando mi dicho en documentos de notoria autoridad, copio del *Registro Oficial* lo que sigue: “Mientras el Sr. Sirletti y su esposa la Sra. Massini encantaban al público en el Teatro, otros se divertían á expensas de estos actores de otro modo. Algunos malvados aguardaban la ocasión de su ausencia, para introducirse en su casa y robarlos: así empezaron á hacerlo, mas por fortuna, se sintió